

CARTA QUINCAGESIMA SESTA.

EL MARQUES Á SU HIJO.

¡Recobramos á Emilia! ¿Qué reconocimiento nos debemos, Dios mio, por semejante favor? ¡Hijo mio, mi querido hijo! Todavía no conoces el precio de lo que el cielo hace por tí; algun dia lo conocerás mas vivamente; ¡y ojalá este dia no esté léjos! Convertido á Dios, á tí mismo, sí, conocerás que el cielo te lo deja todo dejándote á Emilia. Entonces lo apreciarás mucho mas de lo que ahora, sabrás todo lo que vale. En medio del infortunio es donde se aprende á conocer á los hombres. Pero..... ¿necesitabas esto para conocer á Emilia? No me inquieto por lo que hará; no quiero ni aun saber lo que yo haria si fuese; ella consultará á su corazon, y segun él, solo puede hacer bien. Querido Valmont, si en adelante no eres feliz, será porque no quieras serlo; será porque siempre pongas quimeras en vez de la verdad; será porque conserves pasiones que no pueden hacer mas que el tormento de los demas y tu propio suplicio.

Deseas que te arme contra tí mismo. ¿Hallaré recursos á tu favor en las lecciones de la filosofía? ¿Me difundiré, como los sábios antiguos, en largos discursos morales, que dejan al hombre un poco mejor instruido en sus deberes, pero tan débil como antes para cumplirlos? ¿Emplearé el lenguaje de aquel estoico célebre, que en su desgracia tan eloquentemente declamaba contra las vanidades del mundo, como estaba aficionado al mundo y á sus vanidades? No, hijo mio; respecto de tí se trata de lecciones mas grandes, de mas importantes objetos y de motivos mas sólidos: te voy á hablar como cristiano.

Me permites trabajar en tu conversion con mas eficacia que hasta hoy. Amigo mio, ¡con cuántos gemidos y lágrimas no he cesado de pedirla al Señor! El es de quien la espero: porque, ¡ah!

¡que pueden los hombres para tan grande obra! Une tus gemidos á los míos, tus instancias á mis oraciones; pide, insta, conjura, nada omitas por alcanzarlo. Tu reposo en la tierra,..... ¿qué digo? tu salvacion pende de esto.

Tu salvacion..... sí, hijo mio: iluminado ahora por la religion, abre á tus ideas y á tus inclinaciones una carrera mas vasta; lánzate á la eternidad: sondea los abismos, y medita profundamente todo lo que contiene esta palabra, esta sola palabra, tan poco sentida de la mayor parte de los cristianos.... *la salvacion eterna.*

Una eternidad bienaventurada, de una verdadera felicidad, de una felicidad inmensa, infinita, inmutable como el mismo Dios, que se ha de adquirir, que se ha de poseer algun dia, una eternidad de desgracias que se debe temer; tal es la alternativa que la fe te presenta. Segun ella, medita bien las fuerzas de estas palabras de tu divino maestro: ellas valen por todos los libros, y dicen todo á quien sabe comprenderlas: „de qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¡y qué dará en cambio de ella?“

¡Oh hijo mio! Estás aficionado á este mundo que te encanta. ¡Oh! aun cuando recobraras todos tus bienes, aun cuando acumularas en tu favor todas las riquezas y todos los honores, ¿de qué te serviria haber gozado de ello, si por un apego indigno de tí te condujesen á tu perdicion? ¡y que te indemnizaria en efecto de lo que perdieras? Por el contrario, desnudo, despojado, desterrado, herido, abandonado de todas las criaturas, pero desprendido de todo para estar apegado solo á Dios, despues de males que acabarán tarde ó temprano, ¿que tendrías que echar ménos, cuando, en la posesion del mismo Dios, te serian ofrecidos y asegurados para siempre todos los bienes verdaderos? ¡Ah mi amigo! aquí es donde debes comprender mui bien toda la fuerza de esta otra palabra del Salvador: „solo una cosa es necesaria de todo esto.“ No, no es necesario que conserves algun tiempo todavía, algunos

días, algunos momentos quizás, estos bienes frágiles que irritan tus deseos; pero es necesario... que en la eternidad seas feliz.

¡Ah! Considera lo que aún en esta vida son esos bienes por que suspiras. Emplea para verlos mejor un ojo más religioso y más sabio: Toma socorro de la experiencia, y tómallo en ti y en tus semejantes. Valmont! ¿estos bienes son la felicidad? Siempre te engañas buscándola donde no está. La felicidad del verdadero sabio en la tierra está en la paz, y no son los falsos bienes los que la dan. ¡Ah! De cuantas inquietudes son origen, ¡qué vacío dejan en el alma cuando se les posee! (1), que pesares, qué amarguras cuando llegan a perderse! ¿Quieres conocer bien la verdad de esto? preguntala al monarca en su trono, y que te diga si entre sus súbditos hay un hombre que sufra más que él la saciedad (a) y el fastidio que traen consigo; pregunta al más mentado entre los reyes, y el más feliz en apariencia, al que mejor sabía gozar de ellos, en mi concepto, y que había reunido más, y agotado todas las especies de goces, los de la gloria, de las riquezas, de las ciencias, de las artes y placeres; y escúchale después de la brillante enumeración que hace de ellos, exclamando: „vanidad de vanidades; y todo vanidad.“ ¿Y por qué todo es vanidad en la tierra? ¡Ah! nuestro corazón es muy vasto para tan pequeños objetos, y que no han sido hechos para llenarle: Dios que ha formado este corazón, no lo ha formado sino para él, y es quien imprimiendo en nosotros el deseo necesario de felicidad, ha querido que no podamos hallarla sino en él.

Más para desengañarte mejor, vé a recibir en la pálida llama de la muerte nuevas luces (2). Desciende en espíritu á las bóvedas sagradas que cubren las tumbas de nuestros reyes. Recorre con te-

[a] Esta saciedad dictó á un rey de Persia el edicto; por el que prometía una gran recompensa á cualquiera que inventase un placer desconocido. La historia atribuye este edicto á Xerxes.

mor esas sombrías moradas; busca en ellas el pomposo cortejo que acompañaba en otro tiempo á estos señores de la tierra. Al vislumbre sombrío de una lámpara sepulcral, admira los tristes monumentos de su grandeza pasada; ó mas bien, penetrado de un religioso terror, y en medio de aquel profundo silencio, vé aniquilada toda su grandeza y su magestad hecha polvo (3).

Haz todavía mejor: que tu alma se traslade toda entera al lugar en que habito. En esta misma tierra, la heredad antigua de tus abuelos, siéntate vivo en medio de estas sombras, entre las que descansarás después de la muerte: evócalas, y que te respondan. „Hijo mio, te dirán, no temas que tus miradas curiosas profanen este asilo, la escuela de la sabiduría. Instrúyete con el ejemplo nuestro; ojea en estos féretros; recoge un puñado de estas cenizas; ved aquí todo lo que queda en la tierra, de tus antepasados, de aquellos hombres que te precedieron en la brillante carrera de los honores y de las pompas mundanas, y que generalmente han gozado de ellas con mas seguridad y por mas tiempo que tú. En aquel momento en que nosotros pensabamos menos en esto, cuando nos adormiamos en una dulce y muelle seguridad, en el seno de la gloria y de los placeres, repentinamente la muerte ha terminado para nosotros el sueño de la vida. Hemos despertado... ¡Y qué triste sueño! Lee estas inscripciones fastuosas, esos epitafios cargados de nombres y de títulos; enseñándote lo que hemos sido, te dirán mas claramente todavía lo que ya no somos, y que todo lo que pasa *no es mas que vanidad*. Entre estas inscripciones, algun día... no muy tarde, se leerá la tuya; y si no ha podido añadirse á vanos elogios el de una virtud constante y de una piedad sólida, ¿qué anunciará al mundo? ¿que hay en la tierra un débil mortal ménos; y que hay un réprobo mas en los infernos...!“

¡O hijo mio! ¡cuán útiles son y penetrantes las lecciones que nos ofrece la muerte! Instruye á los

voluptuosos, á los culpables adoradores de una belleza frágil, con el espectáculo de un cadaver hecho presa de la podredumbre y de los gusanos; ella instruye al rico con el espectáculo de la desnudez que trae consigo; ella instruye al soberbio, al hombre constituido en dignidad y fiero con su pretendida grandeza, con las humillaciones y la nada á que nos reduce [a]: tarde ó temprano á todos nos instruye cuando nos despoja, cuando hierre: y el único medio de arrancarle entónces su aguijón, y de arrebatarle su triunfo, es forzarla con nuestras obras á que nos dé en el cielo mucho mas de lo que puede quitarnos en la tierra.

Vendrá para tí, querido Valmont, aquel momento fatal, en que tocando á las puertas de la muerte, pasarás en una exacta balanza todas las cosas humanas; en que viendo desvanecerse la figura engañosa de este mundo, hundirse á tus pies todos los bienes sensibles, y no dejarte otro fruto de tu apego á ellos, sino el arrepentimiento, reconocerás que no hay otra cosa real sino el bien que se ha hecho, y cuya recompensa se puede aguardar en paz en el siglo futuro [a].

[a] El Emperador Severo, reconociendo en el momento de la muerte la vanidad de las grandezas humanas, exclamó: „Yo he sido todo lo que un hombre puede ser; pero de qué me sirven hoy aquellos honores pasados?” Ocupado del mismo pensamiento mandó que le llevarán la urna, en que habian de depositarse sus cenizas; y cuando la vió, la tomó en sus manos y dijo: „pequeña urna, ¡tu vas pues á contener lo que no podía contener el mundo entero!” (*Historia Romana de Laurent Echard, tom. 6^o.*)

[b] Así es como el mariscal de Luxembourg, tendido en la cama de la muerte, y con los pesares que le arrancaba el recuerdo de haber servido mejor á su rey que á su Dios, exclamó, que hubiera preferido al brillo de tantas victorias, que le eran inútiles en el tribunal del soberano juez de los reyes y de los héroes, el mérito de un vaso de agua dado á los pobres por el amor de Dios.

Mas ¡qué momento tan diverso cuando no se ha previsto, cuando no se ha preparado uno para él, cuando con una buena vida no aprendió á morir bien! ¡Qué momento aquel en que se pase del tiempo á la eternidad, de los prestigios é ilusiones del mundo á la luz del mismo Dios! ¡Oh luz viva y pura! que disipará todo el hechizo de nuestras pasiones, todas las ilusiones de nuestro orgullo, todas las preocupaciones del ejemplo y de la costumbre, y que no dejará ver al hombre culpable, sino la ley y la verdad! Salido de esta mansión de crimen, suspenso entre el cielo y la tierra, entre el cielo y el infierno, entre todos esos inmensos globos que descubren el poder y la gloria de un Dios criador, viendo á la tierra como un punto, sola con su Juez, sin apoyo, sin defensa, no teniendo para justificarse, sino sus buenas obras; juzgada ya por su propia conciencia; juzgada por la regla inmutable del orden, de la verdad, de lo justo y de lo honesto; comparándose á su pesar con la fuente inefable de toda belleza, con el modelo de toda perfeccion de que debia ser imagen; hasta entónces envilecida, degradada por inclinaciones vergonzosas, por pensamientos bajos y terrenos, por acciones indignas del hombre; reducida en fin á su propio valor: concibe, si puedes, su turbacion y su desesperacion.

Con todo, una escena mui mas terrible se ofrece á mis ojos todavía, é infunde á mi alma espanto y horror. La fe, siempre mas digna de nuestros respetos á medida que uno se penetra mas de ella, me muestra en el porvenir el mas grande, el mas ma-

El mariscal de Villeroy, siempre disgustado de la corte y de las grandezas por el vacío que sentia con ellas, siempre atraído y detenido por la ambicion, al fin fué sorprendido por una enfermedad que le arrebató en pocas horas, no cesando en repetir estas palabras, que marcaban mas su terror que su sabiduría: „¡O mundo que engañoso eres!” (*Historia de Maria de Medicis y de Luis XIII.*)

gestuoso y mas terrible de todos los espectáculos. Traspárta te al fin de los tiempos, al último de los dias; dia solemne para el cual han sido hechos todos los demas; dia para siempre memorable, en que acabarán de desarrollarse todas las maravillas del Altísimo, todo el plan de su sabiduria, toda la economía de su religion, todas las obras de la naturaleza y de la gracia; dia de manifestacion y de gloria para sus escogidos, de confusion y de dolor para los hombres injustos y perversos [4].

¡Qué cuadros ofrece á mis pensamientos! ¡qué imágenes tan propias para elevarme sobre mi mismo! La muerte, con rápido vuelo recorre el universo, destruyendo, devorando todos los seres para rendirlos de homenaje al único autor de la vida, desordenados y confundidos todos los elementos; des-
 carriado el sol de su ruta; los mundos errantes por el espacio, chocando, quebrándose en su carrera; inflamada la tierra, viniéndose abajo las montañas, abriéndose los abismos; montones de ceniza en vez de coronas, de tronos y de imperios; los sepulcros devolviendo su presa al sonido agudo de la trompeta; los hombres todos confundidos, todos pueblos y súbditos, todos iguales... Digamos mejor, solamente distinguidos por sus virtudes ó por sus vicios, por la forma brillante ó deforme de su resurreccion; los hombres en expectativa del Justo juez, testigo de aquellos grandes cambios; ¡qué revolucion! ¡qué espectáculo!

Aparecerá entonces el Juez. El Hijo del Altísimo, su Verbo, el esplendor de su gloria, anunciado por sus ángeles, rodeado de un torbellino de fuego; llevado sobre nubes y tempestades, vendrá para interrogar en alta voz por las obras de sus manos. Su cruz, escándalo del judío y del impío, consuelo del verdadero fiel, distintivo de los escogidos entre los réprobos, el estandarte de su cruz brillará en los aires, y será el mas bello adorno de su triunfo.

Acercaos, exclamará, espíritus audaces y soberbios; vosotros enemigos de mi poder, de mi bondad, de mi sabiduria y de todos mis atributos; vo-

sotros enemigos de mi Padre y de los míos, acercaos, y sed los jueces entre vosotros y yo." Entonces, hijo mio, ¡cuán abatido será el orgullo del espíritu humano! ¡qué grandes aparecerán los caminos de Dios, y sus obras cuán admirables! ¡qué dignamente lo justificarán sus secretos descubiertos, y cómo confundirá nuestras quejas y murmuraciones! ¡qué pequeños y miserables aparecerán los argumentos amontonados de nuestros pretendidos espíritus fuertes, contrapuestos á todo el conjunto de la creación!

¡Juzgado y justificado así Dios por sus obras, ¡cuál será en su vez el juicio del hombre rebelde á su Dios! ¡Las vergonzosas fuentes de la incredulidad de nuestros falsos sabios, puestas á toda luz, los cubrirán de oprobio! ¡Los héroes del mundo, compareciendo en su rango, dejarán ver en ellos, cuando caiga la máscara, la indignidad y la bajeza! ¡Los grandes acontecimientos, aproximados á sus causas, infundirán horror y compasion! ¡Los tan ponderados resortes de la política y sus escondidas maldades, presentadas antes como rasgos de ingenio, pero iluminados entonces por los rayos de la divina sabiduria, causarán indignacion y desprecio! ¡Los conquistadores homicidas gemirán con sus laureles teñidos en sangre, cuando escuchen lamentables voces, que les reprochan sus combates y sus victorias, como las injusticias mas patentes y como los mas enormes atentados! ¡Los gefes de secta y de partido temerán por la devastacion que su orgullo ha causado, y por la sangre que sus largas disputas hicieron derramar! ¡Los hombres de talento se avergonzarán del abuso que hicieron de él! ¡Las virtudes falsas por sus principios y por sus motivos, serán puestas en la clace de vicios! ¡Los corazones dobles é hipócritas, que ostentaban afectadamente una moral severa, solo dejarán ver en el gran dia la desnudez mas ignominiosa! ¡Los proyectos mas injustos, los deseos desenfrenados, las acciones feas escondidas en la sombra en y el silencio, se presentarán á la faz del universo, para eter-

na infamia de los que se abandonaron á ellos! Mas tambien, la virtud sencilla y modesta, el verdadero mérito ignorado y oscuro, los combates interiores tenidos con la carne y con el mundo á vista de solo Dios, el justo despreciado, calumniado, perseguido ¡cuanto aparecerán honrados y recibirán gloria y elogios, de los mismos que en la tierra los deshonraron!

¡O Valmont! ¡Cuales serán en este dia los objetos de tu ambicion y de tus deseos? ¡Qué puesto querrás ocupar entónces? ¡Qué rango querrás tener? ¡Entiende este decreto definitivo, esta palabra irrevocable que concluye todo, que pone fin á todo! „Venid benditos de mi padre, entrad á poseer el reino que os está preparado; y vosotros malditos, id al fuego eterno que os está reservado.”

¡Un fuego eterno! Aquí la pasion, el libertinage, la impiedad exclaman: ¡Por faltas de un momento una infinidad de tormentos? ¡Sí, impios! Ved aquí el freno mas potente, y único sin duda suficiente, que la religion ha puesto al vicio, y que vosotros querriais quitar. ¡Mas á quien creeria yo mas, á un Dios que nos amenaza para hacernos virtuosos y salvarnos, ó á vosotros que procurais tranquilizarnos, es verdad, mas para hacernos todavía mas viciosos y para perdernos? ¡A quién creeré mas, á los textos de un Evangelio divinamente anunciado, tan claramente interpretado por la tradicion y por la Iglesia, á esta autoridad mas respetable y mas santa que todas, ó á vuestros razonamientos capciosos, cuya sola incertidumbre bastaria para desesperarnos? Recompensas eternas y sin límites no os admirarian; y tormentos infinitos os parecen un absurdo: sin embargo, la misma equidad es la que debe distribuir los unos y los otros; y si la virtud puede mui bien merecer al hombre una eternidad de dicha; ¡por qué el crimen, por una proporecion igual, no habia de tener fuerza para hacerlo digno de un eterno castigo? ¡Ah! no conoceis lo que es un Dios viva-

mente ultrajado por una voluntad rebelde, y que lo es con conocimiento y con eleccion; lo que se una magestad suprema ofendida, insultada en sus leyes mas precisas y en sus mandamientos mas santos; lo que es una bondad infinita, desconocida, despreciada por el ser mas obligado para con su criador: no sabeis cual es el precio de la sangre de un Dios hecho hombre; de aquella sangre adorable, profanada por la constante infidelidad de estos mismos hombres á quienes vino á rescatar.

Si, hijo mio, hay un infierno; y los hombres, tan fogosos en seguir objetos que los halagan, son hechos de modo que el temor de los males futuros, por terribles que debieran ser, puesto en una balanza con el insentivo de un placer presente, los moveria mui poco, luego que supiesen que no debian durar siempre [5]. Hay un infierno: ¡cuanto lo teme, querido Valmont, quien tantas veces lo mereció, y quien cada dia de su vida sigue mereciéndolo todavía! Sus fuegos materiales y sensibles, encendidos por la justa cólera de un Dios, castigarán con los mas vivos dolores un cuerpo impuro y manchado, así como el arrepentimiento mas amargo atormentará con los reproches mas duros al alma infiel [a]. Hay un infierno, fuegos y demonios, es decir espíritus rebeldes, los primeros que se rebelaron contra la magestad del Altísimo; que, degradados por su orgullo, y hechos desgraciados por su falta; han envidiado nuestra

[a] Bastante se sabe, que, si de ordinaria el alma sufre en la tierra con ocasion del cuerpo y por sus órganos, por otra parte no necesita esencialmente de este cuerpo para sufrir: se sabe que todos los dias en sueños, ó aun estando despierta, experimenta un dolor imaginario de que el cuerpo no es instrumento; y que v. g., en ciertos casos refiere el mal que siente, á un miembro que sin embargo le acaban de arrancar. No es pues menester, que nuestros cuerpos resuciten, para que el alma pecadora sufra ya los tormentos infernales.

suerte, y han querido asociarnos á su desgracia; que, triunfando de nuestra infidelidad, han llegado á ser los ministros de los juicios de Dios, para con el hombre culpable, y le harán sufrir sin cesar por invenciones dignas de ellos, la pena de su desobediencia. En la mansion horrible que habitan estos espíritus de tinieblas, los réprobos, ligados los unos á los otros por una cadena de calamidades y de infortunios, no verán por todas partes más que objetos de consternacion y de horror; no escucharán sino imprecaciones y blasfemias; no verán correr sino lágrimas; no exhalarán sino gemidos y gritos; se reprocharán mutuamente las ocasiones, los ejemplos, los medios de seducción, las cobardes condescendencias; los locos amores, todas las pasiones que recíprocamente los han extraviado; se reprocharán á sí mismos el abuso de las luces y de las gracias; el olvido de los deberes, su pérdida voluntaria, su eternidad de contento y de gloria, sacrificada por una momentanea satisfaccion; se preguntarán en vano cuando acabará la eternidad; levantarán sus cadenas abrazadoras para apagar su sed; para refrescar su ardor, para lanzarse en el seno de la felicidad suprema, á la vez que una mano vengadora los rechazará en cada instante, para tenerlos sumergidos en el abismo de la desesperacion [a].

¡Ah! hijo mio, hay un infierno; y tu te has burlado tantas veces de la augusta verdad; has vuelto irrisión la ley santa de tu Dios; has blasfemado de lo que no conocias; has ardido en un fuego adultero; te has hecho homicida; has entregado á tu semejante al anatema, y te has entregado tu mismo; y tu vives...! Y la paciencia del Altísimo

[a] Por estas tristes, pero importantes verdades, exclamaba un padre de la Iglesia; *Un momento... y una eternidad!* (San Crisostomo).

„El placer que acompaña al pecado pasa, dice otro padre, pero las consecuencias del pecado no pasan. *Peccare transit, peccasse manet.* (San Agustín).

no se ha cansado [6]. ¡Y todavía puedes con el arrepentimiento y la penitencia, alejarte la triste condicion que te estaba reservada! ¡Y sensible á tu estado, temblando por tus peligros, el alma tierna y compasiva de un padre, voló toda entera delante de tus desgracias! ¡Y tu Dios, querido amigo, llamándote por mi voz, solicitándote, instándote, ilustrándote con grandes ejemplos, proporcionándote reveces, ofreciéndote donde quiera motivos de conversion, te tiende los brazos, todavía te muestra la perspectiva de la felicidad, te hace mirar el cielo como el término de tus trabajos, y te promete en esta dichosa morada una recompensa digna de él! ¡Qué recompensa! El goce de todas tus perfecciones, el conocimiento de todas las verdades de que es fuente, el desarrollo de todas sus maravillas, la sociedad de aquellos espíritus inmortales que brillan con su luz, y arden con sus fuegos, la embriaguez de su amor, torrentes de una delicia santa, una penetrante y celestial armonia, una paz inefable, un reino estable, una corona inmortal, una beatitud en fin [7], que el apóstol no pudo transmitir sino diciendo, „que el ojo no ha visto, que el oído no ha escuchado, que el espíritu no puede concebir, y que el corazón no puede sentir en la tierra, nada que se acerque á lo que „Dios ha preparado á los que le aman.“

¡O bondad! ¡O clemencia de un Dios por largo tiempo tan indignamente ultrajado! ¡Y que, para perdonarte, para hacerte feliz, no te pide más que el sentimiento de un corazón contrito y humillado! ¡Ah! ¡Podrias, querido Valmont, dejar de ser sensible á su ternura? ¡Recuerda todo lo que ha hecho en tu favor; el ser que te ha dado, las facultades de que te ha adornado, los bienes de que te ha hecho gozar, los momentos, los años que se ha dignado dejarte, cuando con quitártelos te perderia para siempre: acuérdate del beneficio de la redencion, de todo lo que le ha precedido, anunciado, preparado por tantos siglos, y de todas las gracias que han sido el dichoso fruto de ella.